



¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Quién soy yo?
—Un hombre...
—¡Se ha equivocado usted!...
—No lo siento por mí...
—Tampoco V. es un hombre...
—¿Qué soy yo? cáspita
—Usted y yo somos *dos monos*.
—¿Está V. loco...?
—La demostración de que Vd. y yo somos dos monos, viene nada menos que de La Haya.
—¿Del palacio de la Paz?
—De dos cazadores de Pedang y Palembang...
—Pues estoy dispuesto a tener un lance personal con Pedang... y con Palembang...
—No lo tome V. a risa: Pedang y Palembang no son hombres...
—¿Otros dos monos?
—Son los lugares afortunados en los que ha sido cazado el hombre—mono, el orangpendek, que no es orangutan ni es hombre sino un hombre—orangutan, o un orangutan—hombre...
—Es decir, ni chicha, ni limonada; ni Pinto, ni Valdemoro...
—Es el anillo que le faltaba a la cadena de Darvving...
—Pues no me hace gracia el tal anillo, porque encontrarme que por un anillo más ya no soy hombre, sino un animalillo...nieto del hombre—orangutan y tataranieto del chimpancé...¡vamos!.,
—He aquí la noticia:
Salieron dos cazadores y al poco hallaron en la selva al hombre—mono y para que no se les escapara

le dieron un par de tiritos y lo dejaron pataleando.

—¿Les habló?
—¡Cualquiera está para decir pio después de recibir una descarga!
—¿Y qué hicieron con el raro ejemplar?
—Dejarlo allí, sin duda para que lo entierren los demás hombres—monos...
—¿Y que piensas tu hacer después de saber que eres un nieto de los monos?
—¿Que crees tu que debo hacer?
—Primero vestir, a lo sumo, taparrabos; segundo trepar por los balcones y aun por los árboles; tercero hacer monerías por las calles; cuarto—dejarte de letras y ciencias; quinto, irte a las selvas...
—Pero eso sería una vida puramente animal...
—Como la de tu nueva familia...
—¿No te parece que rebajemos de esa nueva vida...?
—Lo que tu te rebajes en la sangre de mono yo te lo aumentaré en la vida de hombre...
—¿Y qué hacer con la noticia?
—Lo que con la vieja doctrina de Darwing: recibirla con una cargajada.
—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

A. H.

¡Dos bagrimas!

Albercaba apenas y se sentían ya los primeros fríos del invierno. Amarilleaban, con tintes rojizos, las hojas de los árboles, y, en remolinos que agitaba el viento, caían las más secas y combustibles, formando rui-

dosas alfombras al pie y en derredor de los troncos. Las flores del azafrán y del ajicuervo abrían sus corolas con el día, luciendo sus pistilos purpúreos en las laderas de los montes.

Mi vecino, el tío Pelambre, vejete vivaracho, pequeñito, enjuto de carnes y con los calzones remendados y caídos, salía de su casa soplando-se las uñas, y con el morral de piel de cabra a la espalda y una cesta de asa en la mano.

—Pero, don Manuel de mis pecados (me dijo al verme), ¿a dónde va usted a estas horas?

—A Misa primera; ¿y usted?

—Por las rosas de azafrán que hayan salido desde ayer mañana en un rocho, que roturé en Cerralto, y a ver si la Providencia contesta a mi carta de anoche.

—¿Qué carta es esa?

—Usted sabe mejor que nadie, don Manuel, que hace poco enviudó mi hija única, quedándole siete hijos, el mayor de nueve años, por todo capital y recurso. No tuve, pues, más remedio que cargar con la infeliz y los nietos, y como tampoco tengo yo sobre qué caerme muerto, puede usted suponer los apuros y las hambres que pasaremos en aquella casa. ¡Nueve cucharas, don Manuel, sin más amparo que el del cielo!

—Dios, que viste a los pajarillos del campo y los lirios del valle, no abandona nunca a criaturas hechas a su imagen y semejanza.

—Eso digo yo siempre, y eso les decía yo anoche a mis nietezuelos, que me pedían de cenar, cuando revolviendo toda la casa, su madre y yo nos convencimos de que no había absolutamente nada que vender ni que empeñar, para matar el hambre.

—¿Por qué no pasó usted a mi casa?

—Todo se andará santo varón.

—¿Y qué hizo usted?

—Los engañé como pude, diciéndole a mi Bernardo, el mayor de los chiquillos, que ya sabe hacer borrones: Saca, hijo mío tu plana de la escuela, y vamos a escribir una carta a la Providencia divina para que nos socorra. Bascó el muchacho el papel y el tintero de su abuelo, y le hice poner: «Envíanos, Señor, el pan nuestro de cada día, porque tenemos hambre, y como ya no puede ser esta noche, a causa de la salida del correo, que sea mañana sin falta.» Tomé el papel, dije que iba a llevar la carta al correo, y encargué a su madre que los acostase. Los angelicos se fueron a la cama tan campantes y satisfechos, matando el hambre con una ración enorme de esperanza.

Y al decir esto, una lágrima, como cuenta de rosario, rodó mejilla abajo, desde el ojo izquierdo, pequeñito y fulgurante del pobre viejo.

—Voy, pues, por la contestación de la carta.

—Si la contestación no parece, véngase usted por casa.

—Parecerá, don Manuel, parecerá. Ese Señor es tan misericordioso, que siempre contesta.

Después de misa y de haber almorzado, me fui a tomar el sol carretera adelante por la falda del monte, cuando vi descender al tío Pelambre con la ligereza de un mezo de quince abriles, el morral a la espalda y con la cesta llena de flor de azafrán en la mano.

—¡Ehl lehl don Mannel (me gritó el pobre viejo); aquí tráigo la contestación.

—¿En la cesta?

—No, señor, esto vale cuatro cuartos, y no ahora, cuando esté seco.

—¿Pues en dónde?

—En el morral; espérese usted un poco y lo verá.

Me esperé; llegó el tío Pelambre, y sin quitarse el morral me dijo:

—¡No se lo aseguraba yo a usted!

En mi vida me he quedado sin contestación de la Providencia.

—¡Bendito sea Dios, que aprieta, pero no ahoga!

—Sí, señor, una y mil veces bendito.

—Pero ¿qué ha sido ello?

—Cuando salí de casa con el pretexto de ir a echar la carta pensé: «¿Qué haré yo, Dios mío? ¿De dónde sacaré algo pa que coman esas criaturas?» Y se me ocurrió que ayer de madrugada vi en el azafranar unas patadicas, como si por allí merodease alguna alimaña. Voy, y ¿qué hago? Me subo anoche mismo al monte, pongo el cepo junto a los rastros, lo tapo con una aliaga, por que las piezas montesas son muy estufas, y me bajo otra vez al lugar. Esta mañana subiendo cerro arriba, ya me veo que el cepo negreaba y se movía. ¡Por vide, algo ha caído! me he dicho; y así ha pasao: aquí tiene usted una fuina como un gato de les mayores, que en el cepo estaba cogida por una mano.

Y ditiendo y haciendo, sacó la fiera del morral, que con una piedra en la boca, luchaba con las ansias de la estrangulación. Su piel, de finísimo y brillante pelo castaño, no podía ser más hermosa.

—¿Y para qué quiere V. este bicho?

—De la piel de la última que cacé, saqué diez y ocho pesetas, D. Manuel.

—¡Cuánto me alegro! Que saque otras diez y ocho de esa.

No será tanto, porque se han abaratao; pero, cuando menos, les llevo a mis nietos la contestación de la carta, y hoy se comerán juntos el almuerzo y la cena de la noche.

—¡Angelitos!

Y una lágrima, como cuenta de rosario, rodaba a la vez, mejilla abajo desde el ojo derecho, pequeñito y fulgurante del pobre viejo; porque sin duda el ojo izquierdo simpatiza más con las penas, y el derecho con las alegrías, siendo uno y otro fuentes clarísimas de los más hermosos sentimientos del alma.

MANUEL POLO PEYROLON.

CASOS Y COSAS

Se ha verificado la coronación canónica de Ntra. Sra. de Guadalupe.

En el célebre Monasterio, lleno de riquezas artísticas y de recuerdos históricos, se han congregado los más altos representantes de la Iglesia y del estado, la nación entera: los reyes, la nobleza, el gobierno, el clero y el

pueblo.

El Cardenal Primado ha actuado diariamente, durante la novena, predicando, distribuyendo la comunión, confesando, dirigiendo...

El acto de la coronación ha sido solemnisimo, emocionante. La España vieja ha revivido y desfilado ante la Sagrada Imagen; ante ella ha desfilado la Reina Isabel, que junto al trono de la celeberrima Virgen firmó la aprobación de la empresa del descubrimiento de América y la concesión de las tres famosas caravelas; ha desfilado Colón que allí recibió los reales despachos, viendo ya en realización sus ensueños; han desfilado los argonautas españoles que dominaron todos los mares; ha desfilado Castilla, la sobria, la grande...; ha desfilado la España en cuyos dominios no se ponía el sol...

* *

¿Hay algún español que ignore donde está Guadalupe?

¡Vaya si lo hay!

Un periódico liberal oyó el ruido de las campanas que volteaban y dijo muy serio: «Uno de estos días se verificará la coronación de la Virgen de Guadalupe en Méjico.»

A ese, sobresaliente en Geografía y en Historia de España...

* *

Otro periódico, liberal y socialista, se escandaliza de que los católicos españoles hayan gastado en el coste de la corona más de dos millones de pesetas.

No ha costado dos millones, sino poco más de medio millón.

Pero si hubiera costado dos millones ¿qué?

¿Es mucho para la Virgen?

¿Es mucho, aun desde el punto de vista patriótico, para una imagen tan representativa de las grandes glorias nacionales?

¡Y esos mismos periódicos revientan de gozo cuando son gastados millones y millones en un teatro o en una plaza de toros o en un circo!

¡Y no se les ocurre protestar cuando cualquier rico calavera se los gasta en una alhaja o para alguna estrella del honor poco claro.

Pero es la Virgen y son los cristia-
os y ya tienen todos los cerriles de la
urdería anticlerical e impía el dere-
ho de echar los pies por alto.

¡Ann, aun me parece muy fino este
último párrafo...!

—
¿Acción católica sin ideario católi-
co? ¿Acción social católica sin ban-
dera católica? ¿Acción social sin
substancia católica, sin Evangelio, sin
Cristo? ¡No lo entendemos!

Ni lo han entendido los tranviarios
madrileños que congregados en Sin-
dicatos libres, (libres de religión; li-
bres de consiliarios; libres de curas)
han dicho:

Para vivir sin religión; para vivir
sin sacerdotes, para vivir sin Cristo
nos vamos a la Casa del Pueblo.

Y se han ido.
Los fundadores de los Sindicatos
libres creyeron que iban a conquistar
a los socialistas y los conquistados
han sido ellos.

La táctica de ocultar las propias
ideas, de avergonzarse del propio credo
es equivocada.

No solo se avergüenza Dios de
confesar a los que no le han confesa-
do; se avergüenzan también los hom-
bres... que son hombres...

Y se van a la izquierda o se vien-
en a la derecha.

¿Es que han olvidado los Sindicatos
libres y los demás que les hacen
coro que la última batalla, la gran
batalla se ha de reñir alrededor de la
Cruz?

—
Sucedará lo mismo a los que lle-
vando a Cristo oculto bajo el chaleco
van al socialismo con el pretexto o el
buen deseo de defender sus intereses
materiales.

O se arrancarán del todo a Cristo
e habrán de volver a colocarse bajo
la bandera católica:

¡O a la derecha de la Cruz, donde
está la bandera de la civilización y
del progreso y de la justicia y de la
libertad y del bien, o a la izquierda
que como dijo Donoso Cortés es el lu-
gar de las harpías; de la injusticia
del odio, de la tiranía, de la barbariel

A. Hernán

Corromper a la mujer

Es la consigna masónica

La modestia, el encanto de las jó-
venes y la prerrogativa del cristia-
nismo naufraga entre las oleadas de
libertad rayana en desenfreno de
nuestra juventud femenina.

Para explicar esta recrudescencia
de paganismo en el traje, hay que
buscar también causas especiales
de nuestra época. M. Kiselstein se-
ñala como causas:

1—La codicia desmedida de cier-
tas casas comerciales.

«Confesamos desde luego, dice,
que la moda procaz encuentra poder-
osos auxiliares en el sórdido inte-
rés. Ciertos directores de importan-
tes casas comerciales, ciertos dueños
de la prensa, logran pingües ganan-
cias favoreciendo la moda femenina.
La pública inmoralidad, la desver-
güenza, la sed de placeres provocan
muchas veces crisis sociales y políti-
cas, que fructifican pingües entradas
a los agitadores».

2—El odio de la masonería contra
el catolicismo.

«Para destruir el catolicismo, ha-
bría que quitar de en medio a la mu-
jer, pero como no la podemos supri-
mir, corrompámosla, introduzcamos
el vicio en los corazones, y ya no
tendremos catolicismo». (Congreso
de las Altas Logias de Italia).

¿Cómo llegarán las logias a este
fin? Ellos mismos se dignan revelar-
lo.

«Es menester que las niñas lleguen
a realizar el ideal de la «desnudez».
Esta reducción gradual y sistemáti-
ca del vestido, más que una cuestión
de higiene encierra una tendencia
moral».

Este programa de «desvestir» la
niña, tiene honda repercusión no só-
lo en el orden higiénico, (que es el
pretexto) sino también y mucho más
en el orden moral, y mejor todavía,
en el orden «sensual». La mentalidad
de la niña se modifica rápidamente.
Para evitar la alarma y la oposición
de los «timoratos», hay que emplear
una progresión lenta y metódica. Al
principio caminarán sólo con los
pies y las piernas desnudas, luego se
introducirán las mangas cortas, has-
ta suprimirlas, en seguida descubri-
rán las espaldas, el busto, etc. Du-
rante el verano pasearán la niñas
casi desnudas. Entonces, la desnudez

vendrá a ser una cosa casi normal,
que no escandalizará a nadie. Es
cuestión de tiempo y de costumbres,
y de... educación de la vista».

Más todavía:

«Persuadámonos bien que no lo-
graremos plena victoria de la «su-
perstición», si la mujer no nos pres-
ta su ayuda. Pero mientras no haya-
mos sustraído nuestras hijas a las
enseñanzas de la Iglesia, mientras la
educación laica no las haya trans-
formado, todos nuestros esfuerzos
quedarán estériles». (Discursos. Lo-
gias de Besançon).

Una revista masónica escribe:

«Procuraremos el desvestimiento gra-
dual de la niña, para acostumar
poco a poco a los padres y maes-
tros al culto pagano del cuerpo».

Un ejemplo: el mes pasado una
niña de cinco años, fina, delicada,
lloraba inconsolable: ¿Por qué?
Querían llevarla a un baile de niños,
con un traje excesivamente reducido.
La niña protestaba: «¡No quiero salir
así!»—La acarician, la envuelven en
una bata, y la llevan. En la sala ve
otras niñas también casi desvesti-
das, se vé alabada, se tranquiliza, se
encuentra bonita, y las delicadezas
del pudor se quedan ahogadas para
siempre en aquella alma todavía tier-
na ¡Qué infamia!

¿Cómo no pueden los católicos seguir
esta cenagosa corriente y dejar ins-
talarse y entronizarse en sus hoga-
res estas costumbres enteramente
paganas?

Después de un estudio detenido
sobre las modas y las costumbres de
los católicos, un grupo de pensado-
res de París, los más de ellos sin re-
ligión o indiferentes, llegó a la
siguiente conclusión:

«En el catolicismo actual ya no
hay cristianismo. Los católicos se
vuelven cada día más superficiales
e incapaces de practicar los prin-
cipios de su fe y de conformarse a
las exigencias de su filiación divi-
na. Su catolicismo no es sino un
ligero barniz, una delgada capa de
yeso que mal disimula las profun-
das grietas de su mentalidad aco-
modaticia. No nos dejemos en-
gañar por las fórmulas que aún
pronuncian de labios afuera. Deje-
mos que las grietas se abran un po-
co más, y luego, al menor choque,
el edificio secular se derrumbará».

¿Qué mujer cristiana sufrirá que
por su causa; por sus modas inde-
centes, nuestros enemigos insulten
de esta manera a los católicos y to-
men pie para profetizar el derrum-
barse de la Iglesia al menor choque?

La Escuela sin Dios y el presidente Coolidge

El presidente de los Estados Unidos, Mr. Coolidge, acaba de pronunciar en un colegio del estado de Dakota, un discurso de tan alto interés que no resistimos al deseo de transcribirlos literalmente:

«Nosotros nos hemos dado un trabajo loco para descubrir todos los medios prácticos de ganar dinero; mucho más trabajo ciertamente que para descubrir el medio de adquirir la sabiduría que debía guiarnos hasta la eternidad...

«Necesitamos volver a la cuestión que la experiencia de los siglos ha condesado en estas palabras:

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (Mat., XVI, 26)

«Toda nuestra ciencia, todas nuestras artes no conducirán jamás a nuestro país al verdadero progreso; no nos harán subir jamás por encima de una cultura interior; no nos darán jamás una alta civilización moral, durable y digna de nosotros, si no acertamos a comprender que ésta sólo puede ser la expresión visible de una realidad interior.

«En la educación como en la vida hay que hacer algo más que almacenar cierta suma de conocimientos, o adquirir riquezas o conquistar una situación honorable e influyente.

«A menos que nuestras casas de educación «no sean verdaderos templos» a los cuales nuestra juventud no entre sino con el respeto inspirado por el culto de la verdad, todas ellas no llegaron finalmente sino a una inmensa decepción. Los conocimientos que se adquirirán en ellas suministrarán simplemente «mayores capacidades para el mal»...

«Un gran número de nuestros viejas universidades fueron fundadas por manos piadosas, al precio de grandes sacrificios, con la intención formal de preparar para el ministerio sagrado hombres que llevasen al pueblo la luz sobre los problemas de la vida.

«La morada propia del alma humana está en el mundo espiritual y moral. Hé aquí el horizonte hacia el cual toda educación debería orientarse.

«Nuestros colegios deben no solamente enseñar la ciencia, sino también formar los caracteres.

«Necesitamos mantener una comprensión más sólida, y, más sentida del principio anunciado por los salmos de David, y cuyo eco se vuelve a hallar en los proverbios de Salomón. «El temor de Dios es el principio de la sabiduría».

Estas palabras no necesitan comentarios. Si alguno debiéramos hacerles sería el recordar que las ha pronunciado el presidente de la gran república norteamericana; el jefe de la nación más próspera y más rica del mundo.

Los párrafos que hemos reproducido tienen todo el sabor de una alocución sacerdotal. Ellas no proceden sin embargo, de un hombre católico; vienen de una persona de autoridad irrecusable en el terreno de la alta política, de aquella que sabe que el porvenir de los pueblos no reposa sobre el poder y la riqueza sino en algo más sustancial, más profundo y más noble: en su elevada cultura espiritual y moral, que es como la raíz y la fuente de toda energía duradera.

Mediten esta lección los que buscan con sinceridad y sin prejuicios de secta, orientaciones salvadoras a la educación nacional.

La tierra se tragó a un mal hijo

Transcribimos de un diario de Bogotá (Colombia) un espantoso hecho sucedido recientemente y que es el tema de todas las conversaciones.

«Noticias llegadas de la Palma dan cuenta de que cerca de aquella población ocurrió un suceso que espantó a cuantos lo presenciaron. En este lugar vive un anciano de nombre Rubén Miranda, que tenía un hijo llamado Rogelio, sujeto de mal carácter y de pésimos antecedentes, la tortura del anciano.

«Varias veces había golpeado a su padre, y una vez, en presencia de una gran cantidad de personas, le golpeó dos veces en la cabeza con un garrote. Las personas que presenciaron el acto salvaje trataron de linchar al hijo desnaturalizado, éste emprendió carrera en dirección a un potrero, para ponerse a salvo.

«Pero de pronto en medio del potrero se abrió una grieta, y a los

pies del prófugo se producían leves temblores, hasta que al fin la tierra comenzó a tragarse al golpeador de su padre poco a poco. Por último, al desventurado muchacho sólo le quedaba fuera la cabeza, y los campesinos temblaban presas del más grande temor ante aquel cuadro, parecido a horrible pesadilla.

«Ninguno de los presentes a la agonía del muchacho se atrevió a prestarle auxilio, y lentamente fué desapareciendo en medio de los más terribles alaridos.

«Al muchacho, se le querían salir los ojos cuando se convenció de que iba a desaparecer devorado por la tierra inclemente. Sus últimos alaridos se apagaron cuando la tierra le cerró la boca.

«La población se halla aterrada, y todos los habitantes han ido a regar con agua bendita el lugar en donde la tierra se encargó de dar sepultura al mal hijo que pocos momentos antes había cometido el horrendo delito de golpear a su padre.

«Este acontecimiento fué presenciado por infinidad de testigos».

Dios que recompensa con vida larga y feliz sobre la tierra, a los hijos obedientes y respetuosos, no deja sin pesados castigos a los hijos malos: esos castigos son siempre rigurosos y a veces terribles, como el caso que nos ocupa y otros que registra la historia. Hay disgustos que hacen más daño que los garrotazos, porque matan.

GIROS POSTALES PENDIENTES DE APLICACION

Las fechas son las en que se han recibido, aquí.

Núm. 688. Blanco, Santiago (Córdoba) ptas. 10.—20 de Enero 1921.

Núm. 83. D. Bernardo de Morales Zamora. ptas. 6.—10 de Marzo 1923

Núm. 591. R. C. de Ntra. Señora del Recuerdo. Madrid. ptas. 12.—22 de Marzo 1923.

Núm. 999. — D. Teófilo Jansequi. Pamplona. Ptas. 23'50.—4 Diciembre 1926.

Núm. 14 Sra. Marquesa de San José. (Sevilla.) ptas. 24.—7 de Octubre 1927.

Suplicamos a los Sres. imponentes de estos giros hagan el favor de escribirnos diciendo el nombre y domicilio del suscriptor o enviando la faja con que reciben el periódico y a qué se ha de aplicar el importe del giro.

Tip. LA LECTURA POPULAR.—Orizuela